

Por los caminos de Europa

EL CAMINO DE CAIN

por Ignacio MARTÍN-BARÓ

A 1968 se le ha calificado oficialmente como año de los derechos humanos. Hace veinte años, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobaba y promulgaba la Declaración Universal de Derechos Humanos, documento maravilloso bajo todos los puntos de vista. «Todos los seres humanos —dice su artículo 1.— nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.»

Escribo estas líneas en un momento de aflicción para Europa: Checoslovaquia acaba de ser ocupada por las fuerzas militares del Pacto de Varsovia.

Yo no soy ningún comentarista político. Plumas más calificadas que la mía analizarán el asunto. Ni siquiera me interesan las declaraciones, que no tardarán en hacerse públicas: protestas indignadas de los unos, apelación a los «derechos» y a la «voluntad del pueblo», por parte de los otros. Yo soy un simple hombre de la calle y, como tal, no

hago sino reflejar el dolor que en este momento nos atenaza a todos.

Acabo de contemplar las primeras imágenes televisadas desde la capital checa: carros militares, poderosos tanques, pelotones de soldados. Sin querer, me identifico con esos civiles checoslovacos, a quienes veo, mitad abatidos, mitad estupefactos, rodear los «panzer» rusos. Todavía flotan en el aire los saludos amistosos de los jefes comunistas soviéticos tras la reunión de Bratislava. Aún no se han extinguido del todo las declaraciones de amistad, de no intervención, de respeto mutuo. La invasión militar ha cogido al checoslovaco medio desprevenido. Praga se ha vestido de silencios opresores. Y, por toda reacción, el trabajador checo se sienta pacíficamente ante la máquina de guerra rusa, a la que contempla con ojos incrédulos.

—Hermano, ¿a qué has venido?

Nada existe más bello que una vez más, en caminos de un camino. Por los caminos,

los nombres van los unos hacia los otros, se comunican, se enriquecen con el contacto mutuo. Los caminos son como las venas del cuerpo humano universal. Por eso, nada hay más doloroso que ver los caminos de Europa —una vez más— aplastados por las ruedas metálicas de los carros de combate. Es el camino de Caín.

No hace todavía muchos días, meditaba yo ante las alambradas que dividen Berlín. En lo que en otro tiempo fuera la bella Plaza de Postdam, hoy no existe sino un muro y soldados con armas vigilantes. Es un camino cortado.

Los seres humanos nacen libres. También los pueblos. ¡Terrible sarcasmo político que el aplastamiento de la libertad se haga en nombre de conceptos tan elevados como democracia, voluntad del pueblo o interés de la clase trabajadora!

Yo, que no soy nadie y que no hago sino reflejar el dolor estupefacto que en estos momentos atenaza al europeo medio, al hombre que usa los

caminos para ir al trabajo o al hogar, no puedo menos de lanzar un grito angustiado. Vietnam, Oriente Medio, Biafra, Grecia... Y mientras en Bogotá un puñado de hombres conmemora el sacramento de la fraternidad universal, por doquier los hombres se comportan como lobos para con los otros. Es verdad que nadie puede tirar la primera piedra. Pero, con derechos o sin ellos, unos las tiran y otros las sufren. En definitiva, el mundo entero sufre. «Yo soy comunista —decía el locutor de la televisión checa, en su llamada de ayuda al pueblo austriaco—, pero comunista o no, esto es algo que nos atañe a todos.»

Revivo en mi mente las imágenes de esa Checoslovaquia aplastada por los tanques rusos. Revivo en mi mente esas miradas de ciervo herido del trabajador checoslovaco. Y elevo mi grito de protesta, porque los caminos de Europa, caminos añosos cargados de historia, se han convertido, una vez más, en caminos de Caín.

Diario Regional
5. Septiembre, 1968